

Isabel

Por Emul P Edmon



“... y los sueños, sueños son.”

(Calderón de la Barca)

Querido Vicente:

Te he escrito tantas veces esta carta en mi imaginación, a falta de papel y de tinta, que se ha grabado tanto en mi memoria como en mi corazón porque la digo cada día añadiendo quejas o deseos.

Sí, yo ya estaba por aquí hace años cuando empezaste a pasar con tu vocecita de pito, la cartera de plástico y el gesto decidido en la ruta que habías elegido a para ir al colegio en compañía de tus amigos cuando por fin te dejaron ir solo. Te vigilaba con mi fija mirada temiendo cada vez que cruzabas el paso de cebra de la avenida. Vi crecer las perneras de tus pantalones cuando años después ingresaste en el Instituto, siguiendo el mismo camino infantil, pero bromeando entre gallo y gallo de la voz con esas chicas que iban apareciendo en tu vida y que fueron las primeras en despertar en mí el fantasma de los celos.

Hasta entonces yo te había querido como hijo, como niño, pero a medida que esa chica rubita te ponía la mano en el brazo o en el hombro y tú la mirabas curioso o derretido, entendí que ese resonar de mis adentros, ese comecome, me estaba pidiendo más besos que cuidados infantiles.

Y un día, quizás una tarde, te vi pasar con ella de la mano, amartelados, hablando como tontos al oído y para cuándo os perdíais al fondo entre el arbolado de la Plaza de España, yo ya vibraba entera de cintura para arriba y añoraba mis piernas para poder salir corriendo a vigilaros o a colgarme de tu cuello.

Llegó el verano y te vi pasar de nuevo con tus amigos camino de la playa, despreocupado, sin rastro de aquella lagarta y volví a intentar articular la mejor de mis sonrisas para ti. Tus ojos, sin embargo, volvieron a resbalar por mí piel oscura sin pararse a entender mi zozobra ni dedicarme un segundo.

Yo ya sabía que te amaba con locura cuando esperabas el autobús para la universidad y alguna vez llegamos a estar tan cerca que pude retener el olor del champú con el que te bañabas y el rastro de sudor que dejabas cuando llegabas corriendo con el tiempo justo. ¿No adivinabas, tonto, que yo me esforzaba por retener a las palomas en mis manos para llamar a tu atención? Tú te detenías en observarlas e intentabas seducirlas con migas del bocadillo y una desastrosa imitación de su zureo. Pero seguías sin mirarme.

Conocí a casi todas tus novias. A veces, creí que lo de pasar a mi vera lo hacías de manera intencionada para restregarlo contra mis heladas narices. Pronto aprendí que eras un pájaro picaflor y que solo eran escauceos de poca monta que terminaban de nuevo contigo pasando a mi lado con los cascos y la sonrisa puestos y las manos en los bolsillos.

Por eso, tardé en entender que aquella mujer mayor, de melena negra y mechas blancas, iba a ser diferente para ti porque no se deja llevar ni seducir por tus encantos y que, con frecuencia, eras tú el que caminaba detrás de ella, como pidiendo perdón con cara de confuso y de víctima. Entonces mis celos decidieron volver con una fuerza loca y parecía que mi corazón de bronce amenazaba con resquebrajar la coraza de mi túnica real. Entonces comprendí a Juana, a mi hija, y comprobé que por amor se muere y se mata como hizo ella. Y recordé a Gonzalo, el capitán de mi corazón, que me perdí yo como tierno amante y odié a Fernando que, como tú, no quiso amarme.

Unas obras importantes obligaron a mudar mi ubicación a la otra parte del paseo de Canalejas y desde allí apenas te veía a pasar muy, muy de lejos, solo y pude intuir el porqué de tu melancolía y la causa de tus pasos sombríos porque conocía el peso del desprecio, la condena de la soledad cuando el amor nos desprecia.

Cuando me devolvieron a mi lugar ya no te volví a ver. Esperé cada día a la hora del paseo, a la hora del autobús universitario, a la hora maldita de los paseos en la que cae la tarde y los amantes en Cádiz buscan los rincones oscuros de las murallas y de la Alameda para ir más allá de las palabras o los besos.

Ya casi no se ven desfiles funerarios pero hace más de un mes, vi pasar un coche negro, bajo y lento y detrás reconocía tus amigos, a la chica rubia ya bastante crecida y a alguien que llevaba un perro, el tuyo, ya mayor y tan triste... Escuché al pasar por mi vera trozos de algunas conversaciones “... *no me podía creer que Vicente...*”, “...*demasiado triste, parecía que ella...*”, “...*horrible debe ser, como deber sentirse una persona para...*”. Al final, muy alejada del resto, desfilaba la mujer de las mechas blancas con gafas negras, solitaria, con los brazos cruzados como para abrazarse. Renegué de ella con cada uno de mis átomos de bronce: “*¡Si lo hubieras abrazado a él...!*”.

El cortejo, negro, triste, continuó adelante por la avenida, pero ella no lo siguió y vino a buscar cobijo a mi sombra, sentada en mi poyete. Soñé que me precipitaba con toda mi tonelada metálica sobre ella y que su corazón desagradecido salía despedido hace el centro de la calle donde un camión frigorífico, lo imprimía contra el asfalto. Pero no ocurrió apenas nada. Una ráfaga de Poniente frío se coló entre nosotras y provocó un extraño silbido se hizo que ella se volviera hacia mí... Se quitó las gafas negras y vi dos puntos de agua mansa en sus ojos; en los míos, brotó una gota verde que ella retiró con su dedo mientras me preguntaba - ¡falsa! - si yo también lloraba a Vicente.

Desde entonces, al verla pasar cada día, recito al viento esta historia y formulo mi venganza.

Tuya, oxidada y brillante, inmóvil y eterna, Isabel.